

Arios, Turcos y Mongoles llevan igualmente la existencia de pastores errantes en los medios que la determinan.

Además de las hordas pastoriles, había también en esas comarcas, en el origen de los tiempos históricos, poblaciones de mineros: el Kuen-lun tenía sus canteras, donde se perseguían las venas de jade, y sin duda también había buscadores de oro, y el Altai, entre la Siberia meridional y la China, nos aparece poblado de mineros en la aurora de la historia: los campesinos rusos dan á sus antecesores de su raza el nombre de «Tchoudes», palabra que no ofrece sentido alguno preciso y á la cual no se une idea más clara que la de «bárbaros» ó «aborígenes». Los Tchoudes altayanos recogían el mineral de oro ó de cobre, lo que les aseguraba en aquella época una influencia grandísima en la economía del mundo entero; sin embargo, sus tesoros habían de repartirse sobre el continente por mediación de mercaderes y pastores, porque la leyenda no los menciona sino de una manera muy indirecta, y las fábulas que les rodean hacen de ellos genios ó enanos, muy diferentes de los otros hombres. Se han encontrado en las minas de Zmeinogorsk, que durante la segunda mitad del siglo XVIII fueron las más productivas del mundo en plomo argentífero, instrumentos de cobre que empleaban los mineros, que son desde luego de una forma muy primitiva, como ha podido comprobarse por el descubrimiento de un esqueleto que aún tenía á su lado sus herramientas y el saco de piel en que colocaba el mineral (Pallas). Los procedimientos seguidos por los Tchoudes para el lavado de las arenas auríferas y la fusión del mineral eran de tal modo incompletos, que en muchos sitios los mineros sajones y sus discípulos los industriales rusos han hallado gran provecho en explotar de nuevo las minas abandonadas. Además, se han dedicado á otro metal, el hierro, que los primitivos no habían aprendido aún á desprender de sus combinaciones, y que después ha tomado en el trabajo del mundo una parte mucho más importante que la del oro, de la plata ó del cobre. En muchos puntos se encuentran esos yacimientos ferruginosos inmediatamente debajo de las arcillas auríferas.

Esos Tchoudes «de ojos amarillos» de las tradiciones rusas son probablemente los mismos que los Ting-ling y los Kien-kuen de cabellos rubios y de ojos claros, de que hablan los anales chinos



CAMPAMENTO EN LA ESTEPA MONGOLA

De una fotografía de M. A. Ular.

como existentes hace veintidós siglos en esas mismas comarcas del Altai y del Sayan¹; pertenecen quizá al conjunto de las poblaciones llamadas arias según el parentesco de su lengua con la del Irán, en tanto que los Hiung-nu, en los cuales se ven los antepasados comunes de todos los pueblos turcos actuales, y cuyo nombre ha persistido bajo las formas de Hunos y de Húngaros, vivían más al Sud, en los territorios hoy designados con los nombres chinos de Kan-su y de Chen-si. Aunque con el transcurso de los siglos esas poblaciones hayan tenido tiempo de acomodarse á la vida china y de mezclarse, parcialmente al menos, con los habitantes cultos, Potanin ha encontrado en el país numerosos islotes turcos, como los Chiringol y los Salor del Hoang-ho, al sud de la Gran muralla, y los Yagur de la alta Edsina.

Actualmente, la mayor parte de las poblaciones turcas en relaciones directas con la China, después de haber sido rechazadas, se hallan acantonadas en el circo inmenso de la Kachgaria; en este circo de

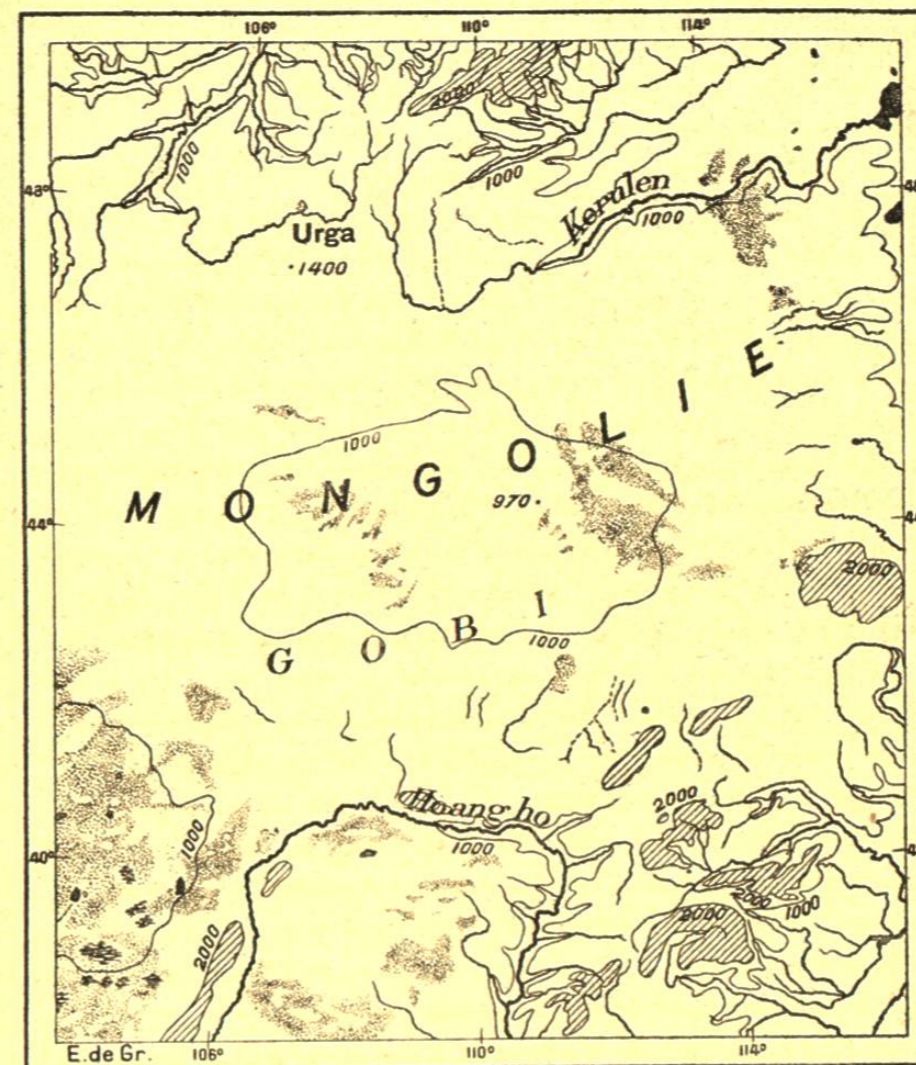
¹ J. Deniker, *Tour du Monde*.

han penetrado los agricultores chinos. El contraste es mucho más notable entre las fajas alargadas de los cultivos y los terraplenes superiores, promontorios avanzados de la gran «Tierra de las Hierbas», de suelo suavemente ondulado que recorren fácilmente los rebaños en todos sentidos.

Las poblaciones de la Tierra de las Hierbas y de los oasis encerrados por las arenas de los Gobi son históricamente muy diversas por el origen, pero suele comprendérselas bajo un mismo nombre, y, por otra parte, el mismo género de vida les ha hecho parecerse mucho. En la Edad Media se les conocía generalmente por la denominación de Tártaros (Tatares), y desde hace un millar de años se les nombra sobre todo Mongus ó Mongoles; palabra á que se atribuye el sentido de «libres, bravos ó valientes». Considerando esas tribus (Kalmuk, Tchakar, Khalkha, Buriatos) como formando una raza de la que serían el tipo primordial, la mayor parte de los antropólogos clasificadores emplean también el término de «Mongoles» ó «Mongoloides» para designar de una manera general todos los pueblos «amarillos» del Oriente, comprendiendo entre ellos hasta los Malayos y los Polinesios; pero sabido es que esta designación sólo tiene un valor convencional, porque desde ciertos puntos de vista, los Mongoles ofrecen precisamente caracteres que les diferencian claramente del tipo especial atribuído á su raza: en primer lugar no son «amarillos», sino más bien morenos y tostados, y los que de entre ellos viven en la obscuridad de los conventos ó lamaserías, á cubierto y resguardados del aire libre, suelen tener la cara tan blanca como los Europeos sometidos á la misma existencia.

Los Khalkha, que se atribuyen cierta superioridad sobre los otros Mongoles, como pertenecientes á la familia de Djenghiz-Khan, y que constituyen siempre la tribu más ilustre, son quizá entre todos los que menos responden al tipo mongólico de los autores, porque no tienen los ojos bridados por un párpado oblicuo, como la mayor parte de los Chinos, pero bajo otros aspectos corresponden al tipo convenido: el ojo pequeño, bien protegido por los párpados, brilla en el fondo de la órbita; la cara es ancha y redonda; la nariz, poco saliente, separada de la frente por una depresión muy ancha, no suele aparecer sino como una especie de botón grueso en medio de la

N.º 213. Mongolia central.



1: 10 000 000

0 100 300 600 Kil.

Karakorum ó Holin, residencia de Djenghiz-Khan y otros reyes mongoles, se halla en el límite del mapa, al oeste de Urga, sobre la orilla izquierda de un afluente del Selenga, un poco más abajo del grado 48 de latitud Norte. Las ruinas, buscadas en diversos sitios, fueron halladas por Paderin en 1873.

cara; escasos pelos de bigote y de barba sombrean los labios y el mentón, en tanto que las orejas, cubiertas por una espesa capa de cabellos negros y grasientos están bien resguardadas del frío. Bajo

el áspero clima de la Tierra de las Hierbas, donde sopla con harta frecuencia el terrible viento del Noroeste, una nariz prominente ó aguileña sería un funesto presente de la Naturaleza, y, bajo la influencia de la respiración, una barba abundante se transformaría rápidamente en un bloque de hielo. Un escritor musulmán da una idea muy risible del tipo mongol, exponiendo una frase del Profeta, relativa á los precursores del «Juicio final»: «Serán, dice, hombres cuya cara redonda tendrá la forma de un escudo batido al martillo de una manera igual en toda su redondez». Viendo aparecer los guerreros mongoles, los Mahometanos recordaron esa profecía y consideraron que toda resistencia de su parte sería inútil.

Las condiciones del medio que han dado al Mongol un tipo de rostro, le han impuesto también su género de alimentación.

La Tierra de las Hierbas, casi desprovista de bosque, no da frutas ni cereales, apenas algunos bulbos ó tubérculos que se sacan de la tierra y que proporcionan una escasa adición al alimento habitual suministrado por los rebaños. El Mongol come casi exclusivamente la carne de sus animales; sin embargo, agrega también la caza salvaje, los gerbos y hasta las ratas, pero rechaza el pescado, que le parece impuro porque vive en el agua, substancia tan frecuentemente sucia en aquellas regiones mal regadas y casi siempre saturada de sal, de salitre ó de otras substancias químicas; no bebe sino la leche de sus yeguas y de sus camellas, con la que sabe fabricar, como todos los nómadas de Oriente, la bebida fermentada llamada *kumis* ó *kmis*. Su odio al agua llega hasta el horror al baño: una antigua leyenda asegura que el rayo matará al audaz que se sumerja en una laguna. El código de Djenghiz-Khan, sencilla recopilación de costumbres antiguas, prohibía también lavar las ropas; había que llevarlas hasta que cayesen en jirones, siendo el colmo de la abominación lavar los utensilios de cocina y comida, que sólo es permitido limpiar con hierbas, con un trapo ó con boñigas de vaca. Los Chinos, que no son, sin embargo, de una limpieza ejemplar, dan á los Mongoles el nombre bien merecido de «Pueblo Hediondo». No es raro ver amigos ó enamorados que mascan sus piojos recíprocamente diciendo: «¡Ojalá puedas de la misma manera devorar mis enemigos!»

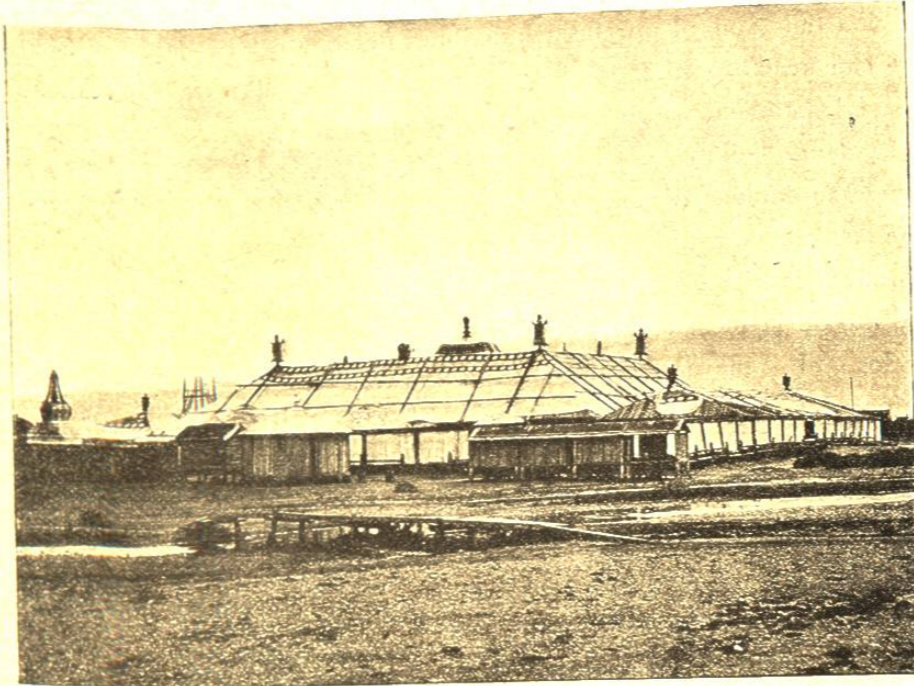
El vestido y la habitación están determinados como la alimentación del Mongol por las condiciones del medio: las lanas y fieltros se han utilizado en todo tiempo en esas comarcas para los vestidos y para las tiendas, pero siempre perfectamente tejidos, porque si no estuvieran dotadas de una gran fuerza de resistencia, pronto se reducirían á jirones, deshilachadas por el terrible viento de la meseta. En todos sentidos, el género de vida de los Mongoles está determinado por el medio: nutridos por sus rebaños y caminando con ellos, son forzosamente nómadas. Cuando una parte de la estepa, compuesta de «praderas verdes» ó de «praderas grises», ha sido completamente pelada y no suministra ya hierbas á sus habitantes, se impone la necesidad de cambiar de pastos, de dirigirse hacia otras comarcas, frecuentemente lejanas. Del estío al invierno y del invierno al estío, se verifica entre los Mongoles un movimiento de trashumancia como sucede respecto del ganado de los Alpes y de los merinos de España. Los intereses del rebaño regulan todos los movimientos de la tribu lo mismo que su mentalidad ó su moral. Los animales, camellos, caballos ó carneros de larga cola son casi el único objeto de su conversación: cuando se encuentran dos Mongoles se interrogan mutuamente sobre la salud de sus animales.

El caballo sobre todo es la alegría y el orgullo de los Mongoles, que fueron los primeros hombres que utilizaron el noble animal,



MUJER BURIATE VESTIDA DE FIESTA

Fotografía de M. A. Ular.

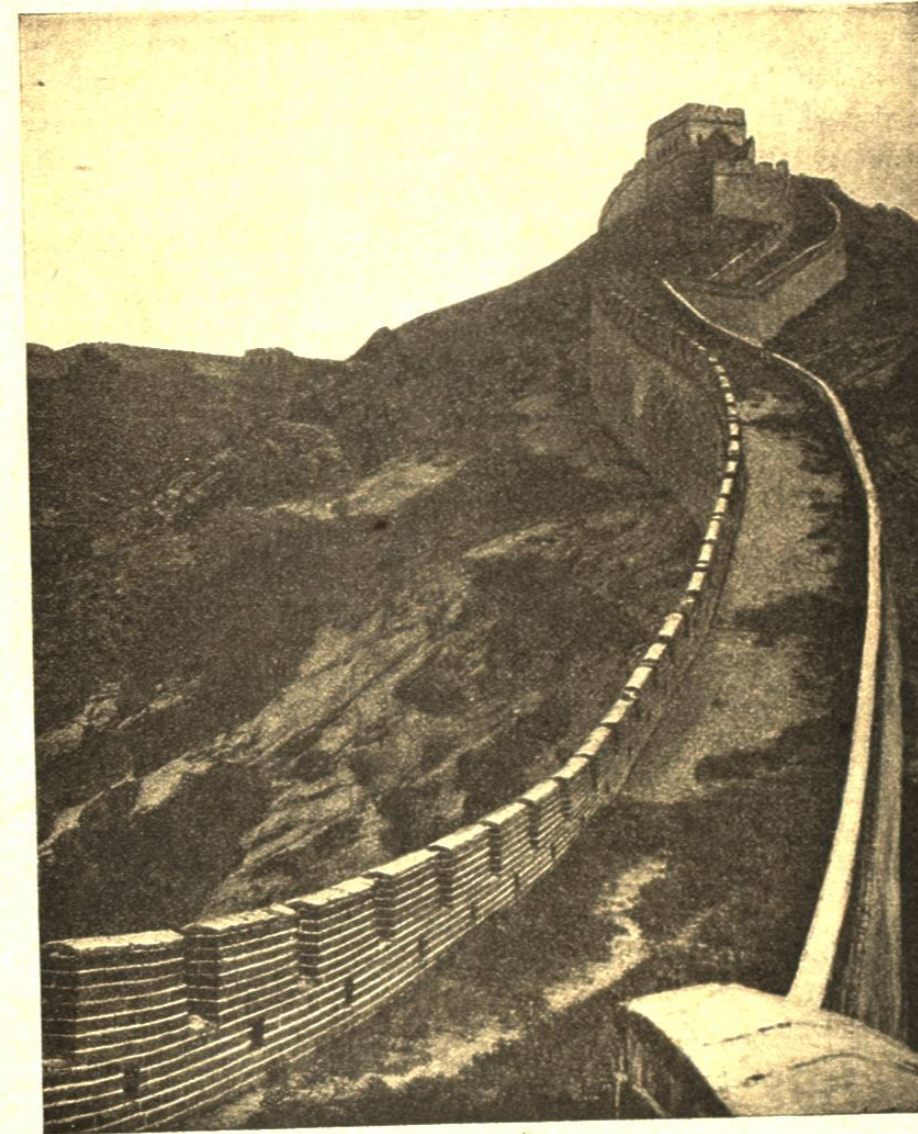


TEMPLO CUBIERTO CON TELA EN TCHOC-TCHIN-DUGAN, PROVINCIA DE KOKONUR,
FRONTERA DEL TIBET

De una fotografía de M. A. Ular.

originario de aquellas comarcas. Todo joven aprende á domar los potros, á conocer la higiene del caballo, á establecer las genealogías de los animales famosos. El Mongol bastante afortunado para poseer uno ó varios caballos se creería deshonrado si no se le viese lanzarse sobre su cabalgadura al salir de su tienda: es preciso que mire siempre desde lo alto la turba de los que van á pie; necesita desaparecer cuando quiera en el horizonte y reaparecer de improviso, franquear rápidamente el espacio. El caballo que triplica la velocidad del hombre, contribuye con la naturaleza misma del suelo á impedir la división de la tierra en parcelas; la inmensa extensión de las estepas queda indivisa.

Nunca la propiedad, bajo su forma occidental, existió en aquellas regiones tan vastas en comparación del número relativamente mínimo de las poblaciones. La apropiación, por lo demás, puramente convencional y no indicada por mojones ni otros signos arti-



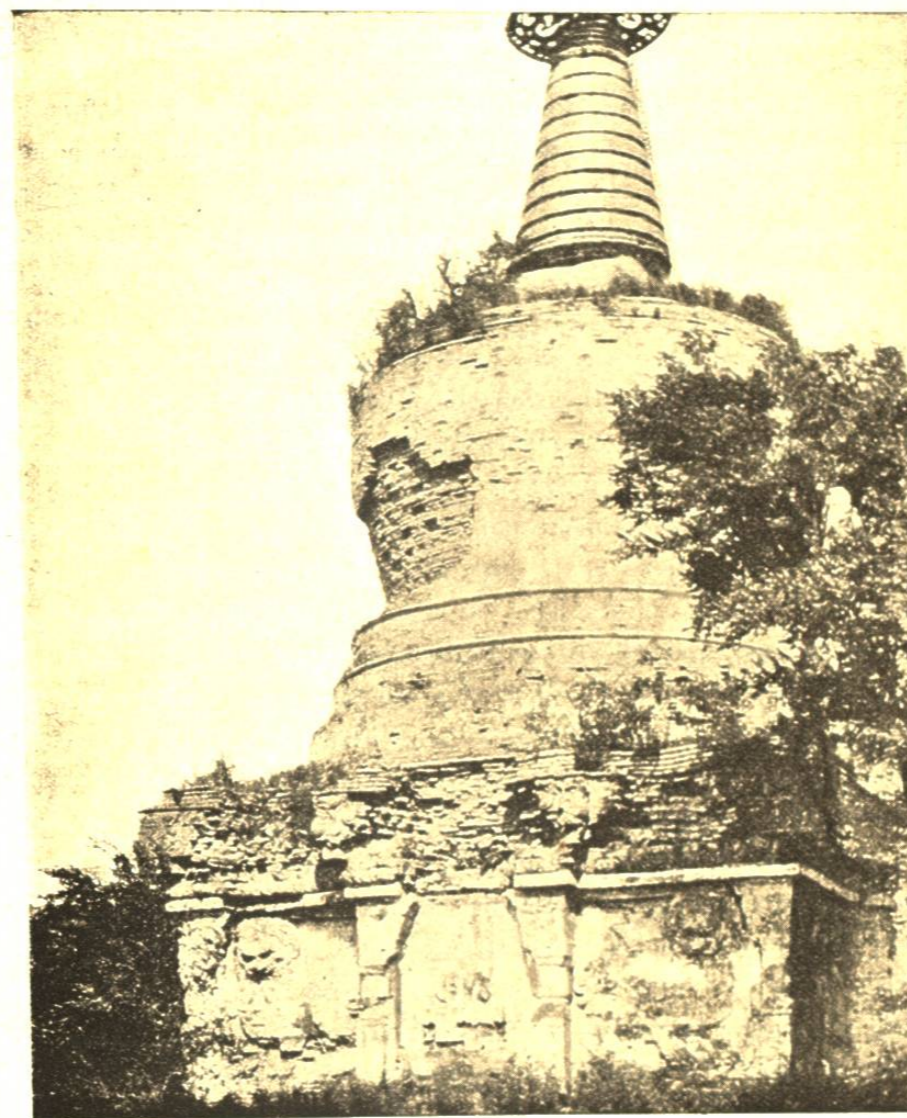
LA GRAN MURALLA

De una fotografía.

ficiales, no se ejerce sino respecto de tribus diferentes: en tiempo de paz es costumbre que tales ó cuales pastos pertenezcan á tal ó cual «bandera», y sería injusto usurpar parte de esas tierras. Para una sola y misma tribu las estepas de invierno y de estío son comunes á todos. Bien es verdad que si la riqueza no se evalúa en Mongolia por el número de hectáreas, se cuenta por las cabezas de ganado,

aunque ciertos indicios permiten creer en la antigua existencia del comunismo en la posesión de los rebaños. Todavía en nuestros días, á pesar de la diferencia de las fortunas, todos los pastores mongoles se dan el tratamiento de «compañeros» y hasta de «hermanos», como los campesinos rusos, con entera cordialidad. El estado social primitivo se encuentra en el espíritu fraternal de los indígenas: eran iguales, se sienten todavía hermanos, y, por otra parte, las emigraciones periódicas referidas por la historia no hubieran podido hacerse si no se hubieran ayudado mutuamente con una solidaridad perfecta. La tribu mongola, como la gregaria india de América, constituye un individuo colectivo, concentrando su pasión con tanta mayor intensidad sobre sí mismo, cuanto que puede fijarse en el suelo, que siempre huye bajo sus pasos. Para él, la patria no es la tierra natal, puesto que sus primeras impresiones se fijan en medios que se parecen por todas partes; siguiendo las estaciones, las oscilaciones de las sequías y de las lluvias, de los años de abundancia y de escasez, el pastor cambia de comarcas, destinado á ignorar siempre el pliegue del terreno donde se hallaba la tienda maternal. La estepa inmensa es lo que ama, no el estrecho espacio donde nació, y más que la estepa, le encanta el espectáculo acostumbrado de las moradas hemisféricas, de los amigos vestidos de fieltro, de los camellos portadores, de los caballos que piafan de impaciencia y de las mil escenas de costumbres que presenta el campamento, errante ciudad. Puede compararse la tribu mongola á un enjambre de abejas: allí donde se forma, allí está la patria.

Ninguna multitud humana estuvo jamás tan dispuesta al ataque y al exterminio en masa como los nómadas de la Tierra de las Hierbas en la época en que las comarcas limítrofes no estaban aún armadas para una defensa colectiva. Cualquiera que fuese el nombre dado á las tribus de los pastores antes que se les conociese bajo la denominación de Mongoles y cualesquiera que fuesen, por lo demás, los elementos añadidos por las inmigraciones, las condiciones idénticas del ambiente habían de producir resultados semejantes en las grandes oscilaciones de la masa humana. Que una sequía obligase á tribus enteras á cambiar de campamento, y que el conjunto del mundo errante se sintiese así conmovido del uno al otro extremo de su inmensa



PAGODA DE MUKDEN

De una fotografía.

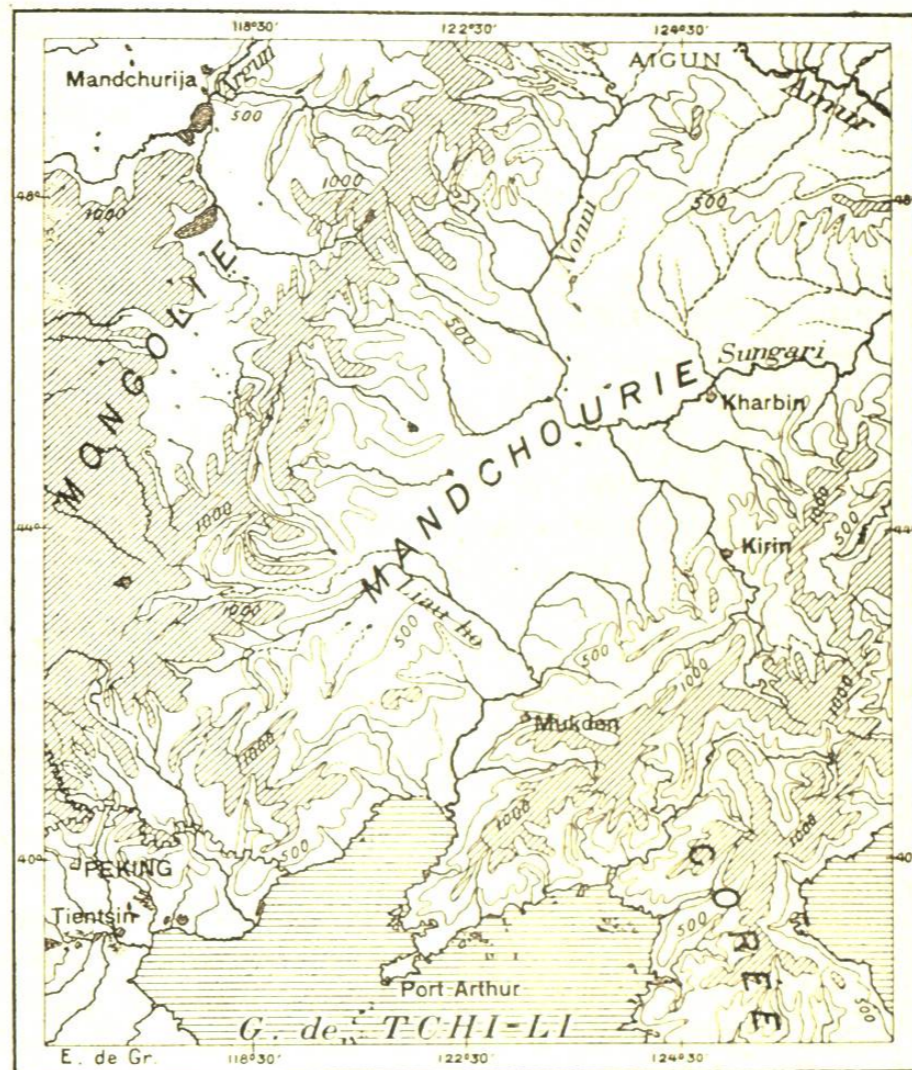
extensión, ó que, á consecuencia de una de esas locas leyendas suscitadas por un acontecimiento lejano, se apoderase de la nación un frenesí común, y todos estuviesen dispuestos á partir con mujeres, niños, ancianos y rebaños: no había sino arrancar del suelo las estacas de las tiendas y cargar los camellos con las telas y los utensilios del ajuar, para que la horda caminase en la dirección indicada

por la posición del sol. Con ellos marchaba la muerte: acostumbrados al espacio libre, quemaban las ciudades y cambiaban las campiñas en estepas.

Los anales chinos sólo mencionan de manera muy confusa las grandes conmociones de las tribus nómadas antes del período, tan grave para el Occidente, de la emigración de los bárbaros. Es cierto que se produjeron incursiones de pueblos pastores en aquellas épocas lejanas, tanto en dirección de Europa como en la de las llanuras orientales de Asia; pero esas inundaciones sucesivas de pueblos destructores no impidieron á la China llenarse de habitantes y restablecer después de cada invasión las puertas de comunicación que la unen por el Kansu, la Dsungaria y los Pamir al Asia anterior y á Europa. Esta línea vital que contornea al Sud las mesetas de la Mongolia, era frecuentemente cortada durante las guerras; pero restablecía su continuidad en el curso de los siglos dichosos de paz.

Al este de la Tierra de las Hierbas, la extensa comarca de forma cuadrilátera limitada al Oeste por las montañas de Khingan y cuyas aguas se vierten al Norte hacia el río Amur por el vasto arco del Nonni y del Sungari, y al Sud hacia el golfo de Petchili por Liau-ho, constituye una región muy diferente que contrasta con las estepas y los desiertos. Hay grandes espacios resguardados por pantallas formadas por colinas contra las nubes hinchadas de lluvias que tienen semejanza con las extensiones mongolas, pero la mayor parte del territorio, actualmente denominado Mandchuria según su población, está abundantemente regado por los monzones, revestido de rica vegetación y poblado de multitud de animales, allí donde los agricultores no han modificado el aspecto primitivo del país. El relieve general de la Mandchuria, lo mismo que la naturaleza del clima y del suelo, apenas permitían á los pastores errantes proseguir allí su industria, con tanto mayor motivo cuanto que la fauna local comprende gran número de lobos y de felinos peligrosos, tigres y panteras que frecuentemente atacan al hombre. La Mandchuria es por excelencia un país de caza, y en el estado de lucha por la vida que existe en la cuenca del Sungari entre los hombres y las fieras, hasta la religión exige al adolescente que aprenda á cazar: el que no ayuda á la

N.º 214. Callejon de la Mandchuria.



1 : 10 000 000
0 100 300 600 Kil.

sociedad en esta guerra á muerte es tenido por impio¹. Por otra parte, los ríos y los lagos de la Mandchuria son de tal modo ricos en vida animal, que poblaciones enteras se nutren exclusivamente de pescado, y que hasta muchas tribus se preparan vestidos de

¹ Carl Hieckisch, *Die Tungusen*, San Petersburgo, 1879.

verano con pieles de salmón adornadas con bordados por las mujeres.

Hasta una época reciente, pues, los cazadores y los pescadores constituían con mucho la mayor parte de los habitantes, aunque las ricas campiñas bien regadas se prestan admirablemente al cultivo, sobre todo en las comarcas ribereñas del Golfo Amarillo. De ese modo, la Mandchuria contrasta absolutamente con las mesetas mongolas por las ocupaciones de casi todos sus residentes, pero los elementos feroces de la guerra podían también nacer y desarrollarse allí. Los pueblos cazadores de la Mandchuria, orgullosos de su valor y de su destreza en la lucha contra las fieras, se dejan arrastrar fácilmente á probar esas mismas cualidades contra los hombres, y bastaba el menor impulso para lanzarlos á expediciones de pillaje. Las ciudades del Mediodía les atraían por sus riquezas, y los campesinos esparcidos que se interponían entre ellos y aquel botín no eran á sus ojos más que una caza despreciable.

En su conjunto, la Mandchuria, bordeada al Oeste por los montes Khingan y al Este por una sucesión de cadenas costañas, está dispuesta como un largo callejón entre la Siberia oriental y la China: es un camino de paso para las naciones, y frecuentes desplazamientos de tribus aumentaban ó disminuían la presión que tenían que sufrir los agricultores del Sur de parte de sus peligrosos vecinos, por lo que obstruían el camino á los invasores en muchos puntos con «empalizadas de sauces», pero es probable que esos obstáculos, ficticios ó al menos muy fáciles de destruir, fueran considerados sobre todo como círculos mágicos. Pueblos limítrofes que se temían mutuamente, se ponían de acuerdo para establecer marcas de separación de anchura considerable; pero ¡cuántas veces no fueron franqueadas en violación de los tratados durante el período histórico! Los anales chinos mencionan invasiones que se produjeron sobre la frontera de Mandchuria desde los tiempos más remotos, sea del Norte hacia la cuenca del río Amarillo, sea del Sud hacia la península de Corea, cuya posición aislada y sus cortas dimensiones relativas condenaban á ser una simple dependencia del Reino Florido en la historia de la civilización.

Otras comarcas limítrofes de la China albergaron también, como la península coreana, poblaciones autónomas que no utilizaron su

energía sino para adaptarse á las circunstancias del medio, sin ejercer gran influencia en el desarrollo del mundo chino. Así ocurrió en la inmensa extensión de las mesetas tibetanas, conjunto cuadrangular de tierras tan altas, tan frías y tan áridas, que interrumpen forzosa-mente casi toda comunicación directa entre las comarcas situadas sobre



Museo Guimet.

PIEDRA SAGRADA DEL TIBET

Cl. Giraudon.

que ostenta la inscripción mística: «Om mani padme hum».

su contorno. Rodeando el enorme bloque de rocas y de nieves de una superficie de millón y medio de kilómetros cuadrados, pudieron establecerse las relaciones entre la India y la China, entre el Occidente y el Oriente. El nombre «Pais de la Muerte» ha servido frecuentemente para designar el Tibet; sin embargo, el aislamiento no ha sido completo, porque por contacto no interrumpido durante la larga duración de los tiempos, los hombres, los productos, las industrias y los cultos se han propagado desde la circunferencia al centro, gracias á algunos caminos naturales que se deslizan en los cortes de la meseta: el largo callejón, de unos 5000 metros de altura media, que el alto Brahmaputra ó Yarung-Tsangbo ha excavado entre las aristas paralelas del Trans-Himalaya y del Gang-dis-ri,